

Más allá del posmodernismo. Viaje a través de la paradoja moderna*

Claudio Minca

Università di Venezia. Dipartimento di Scienze dell'Antichità e del Vicino Oriente

Corresponding author: E-mail: claudio.minca@unive.it

Find similar papers at core.ac.uk

provided by Dip

Data de recepció: desembre de 2001

Data d'acceptació definitiva: març de 2002

Resumen

La reflexión desarrollada en este artículo parte de la premisa que el análisis posmoderno en geografía y en las ciencias sociales ha evidenciado las contradicciones y paradojas de la concepción moderna de las relaciones entre espacio y sociedad, pero frecuentemente no ha sabido encontrar la forma de superarlas eficazmente. El problema se plantea ahora recuperando el pensamiento de Marshall Berman y las sucesivas reflexiones sobre la naturaleza utópica del espacio moderno de Kevin Hetherington, con el objetivo de mostrar como la modernidad y sus expresiones espaciales se fundamentan en la paradoja. Por esta razón, este texto, en lugar de superar la modernidad, propone recuperar su dimensión ambigua y un análisis del poder inscrito en dicha ambivalencia. De esta recuperación, la geografía tiene mucho que ganar, siendo sus metáforas el fruto de procesos interpretativos que por definición incorporan ambigüedad y ambivalencia, pero al mismo tiempo también una capacidad descriptiva/normativa formidable para aprehender de lo moderno muchos aspectos que las metáforas científicas y la razón cartográfica a menudo reducen al silencio.

Palabras clave: moderno, posmoderno, ambigüedad, paradoja, razón cartográfica.

Resum. *Més enllà del posmodernisme. Viatge a través de la paradoxa moderna*

La reflexió desenvolupada en aquest article parteix de la premissa que l'anàlisi posmoderna en geografia i en les ciències socials ha palesat les contradiccions i paradoxes de la concepció moderna de les relacions entre espai i societat, però freqüentment no ha sabut trobar la forma de superar-les d'una manera eficaç. El problema es planteja ara recuperant el pensament de Marshall Berman i les successives reflexions sobre la naturalesa utòpica de l'espai modern de Kevin Hetherington, amb l'objectiu de mostrar com la modernitat i les seves expressions espacials es fonamenten en la paradoxa. Per aquesta raó, aquest text, en comptes de superar la modernitat, proposa recuperar la seva dimensió ambigua i un anàlisi del poder inscrita en l'esmentada ambivalència. D'aquesta recuperació, la geografia hi té molt per guanyar, i les seves metàfores són el fruit de processos interpretatius que per definició incorporen ambigüitat i ambivalència, però alhora també una capacitat descrip-

* Traducido del original italiano por Helena Cruz Gallach.

tivonormativa formidable per tal de copsar del modern molts aspectes que les metàfores científiques i la raó cartogràfica sovint redueixen al silenci.

Paraules clau: modern, posmodern, ambigüitat, paradoxa, raó cartogràfica.

Résumé. *Au-delà du postmodernisme. Voyage à travers le paradoxe moderne*

La réflexion développée dans cet article se dégage de la prémisse selon laquelle l'analyse postmoderne, en géographie et en sciences sociales, a mis en évidence les contradictions et les paradoxes de la conception moderne des relations entre espace et société, mais souvent elle n'a pas su trouver la façon de les dépasser efficacement. À présent, le problème se pose en récupérant la pensée de Marshall Berman et les successives réflexions sur la nature utopique de l'espace moderne de Kevin Hetherington, dans le but de montrer comment la modernité et ses expressions spatiales se fondent sur le paradoxe. C'est pourquoi ce texte, au lieu de dépasser la modernité, propose de récupérer sa dimension ambiguë et une analyse du pouvoir inscrit dans cette ambivalence. De cette récupération, la géographie a beaucoup à gagner, ses métaphores étant le fruit de processus interprétatifs qui, par définition, incorporent l'ambiguïté et l'ambivalence, mais aussi une capacité descriptive/normative formidable d'appréhender les nombreux aspects du moderne que les métaphores scientifiques et la raison cartographique réduisent souvent au silence.

Mots clé: moderne, postmoderne, ambigüité, paradoxe, raison cartographique.

Abstract. *Beyond Postmodernism. Journey through the Modern Paradox*

The reflection that is developed throughout this article is based on the premise that post-modern analysis in geography and in the social sciences has provided evidence of the contradictions and paradoxes in the modern conception of relations between space and society, but has frequently been unable to find the manner in which such incongruities can be efficiently overcome. The question is now raised through a recovery of the thoughts of Marshall Berman and through successive reflections on the utopian nature of Kevin Hetherington's modern space, with the aim of illustrating how modernity and its spatial expressions are based on paradox. For this reason, the text proposes that instead of overcoming modernity, its ambiguous dimension ought to be recuperated, and suggests that there be an analysis of the power pertaining to that very ambivalence. From such recuperation, geography has much to gain, its metaphors being the fruit of interpretative processes that, by definition, incorporate ambiguity and ambivalence, but at the same time also having a formidable descriptive/normative capacity to apprehend, from *the modern*, many aspects that scientific metaphors and cartographic logic often reduce to silence.

Key words: modern, postmodern, ambiguity, paradox, cartographic logic.

Sumario

¿La geografía, se parece a la coca?	Paradoja moderna y praxis geográfica
¿Hemos sido alguna vez posmodernos?	Bibliografía
Horizonte moderno	

Si la modernidad se define en virtud de sus pretensiones universales, esta universalidad permanece siempre substancialmente imposible.

(Mitchell, 2000a, p. XIV)

¿La geografía, se parece a la coca?

«Mientras la religión ha sido comparada al opio, la geografía se parece más a la coca. No se trata de una visión consoladora; al contrario, inspira una concepción del mundo tendencialmente orientada y adaptada a la acción» (Dematteis, 1995, p. 100). En este breve pasaje, extraído de *Las metáforas de la Tierra*, Dematteis anticipa, al menos en parte, algunos de los temas esenciales de lo que, a partir de la segunda mitad de los años ochenta, empezará a ser conocido como «geografía posmoderna»: el problema de la crisis de la representación e, implícitamente, el problema de las relaciones entre la descripción del mundo y la acción sobre/en el mundo. Al debate provocado por la incursión de lo posmoderno en geografía (Dear, 2000) se le reconoce, al menos, un mérito: el de habernos obligado a interrogarnos en estos últimos años sobre la praxis tradicional de la geografía, sobre la relación que ésta ha instaurado con el denominado «espacio geográfico», sobre las relaciones de poder que el discurso geográfico pone en evidencia, pero, sobre todo, sobre aquellas relaciones que se esconden detrás de la cortina de humo del *taken for granted* (Olsson, 2001). La era de las geografías «pos» (colonial, moderna, estructuralista, etc.) ha puesto de manifiesto el hecho que el «espejo de la naturaleza» que la geografía siempre ha querido representar se ha empañado, dejando imágenes fantásticas y paradójales, mereciendo atención más por aquello que esconde que por aquello que refleja. El ataque a la visión «moderna» de nuestra disciplina y, sobre todo, a todas sus ramificaciones de color positivista, ha cuestionado seriamente el rol del geógrafo como científico social, ha diseccionado el trabajo de campo, ha deconstruido algunos de los pilares del credo geográfico de los últimos dos siglos: el paisaje, el lugar entendido como entidad y como espacio de la comunidad, el mapa, la escala, la cultura, etc., y la lista podría seguir. El éxito más evidente es que *el espacio geográfico ya no nos parece ser lo que una vez fue*, ya no estamos seguros de si es una medida del mundo, un contenedor de cosas geográficas o, simplemente, una perspectiva, un marco que «encierra» cognitivamente la realidad explicada con las metáforas que nuestra disciplina ha dado a luz.

La posición de Dematteis es clara al respecto:

El espacio-contenedor, en el momento en que es concebido como espacio objetivo natural de las cosas que representa, se convierte en inconsciente soporte de otro modo de entender el espacio, que podemos llamar *mítico-ideológico*, dado que en él está implícita una visión del mundo elemental y popular, que consiente ver el orden social reflejado en las cosas sensibles, objeto de la representación geográfica, y atribuirle naturalmente ciertas propiedades

de las cosas mismas, como su fatalidad natural, su permanencia, su estabilidad, etc. (1985, p. 99).

El enfoque posmoderno en geografía ha atacado los fundamentos de las visiones geográficas que reposan sobre el concepto de espacio-contenedor y, sobre todo, ha deconstruido progresivamente el saber que la *razón cartográfica* ha producido en tanto que reflejo, resultado y esencia misma de la modernidad (Farinelli, 1992). Reflexionando sobre las relaciones entre posmodernidad y saber geográfico es, pues, inevitable caer en el juego de rebotes entre lo moderno y lo posmoderno, entre las distintas interpretaciones que geógrafos y científicos sociales han dado sobre estos dos términos. De este debate, sobre el cual no creo que haga falta detenerse demasiado (véanse, por ejemplo, Benko y Strohmaier, 1997, o Minca, 2001a), emergen una serie de puntos que pretendo desarrollar aquí seguidamente y que sostengo representan cuestiones importantes para cualquiera que se interroge sobre el papel que el discurso geográfico ha jugado en la definición de la cultura y del espacio moderno, y, sobre todo, sobre las consecuencias que la reflexión posmoderna puede inducir a este respecto.

El primer punto tiene que ver con la misma naturaleza del espacio moderno. ¿Podemos aceptar tranquilamente la idea que los espacios producidos por la lógica cartográfica en su versión científica sean espacios modernos? ¿Podemos, consecuentemente, aceptar la asunción que afirma que el espacio de la modernidad es por definición «cerrado», en cuanto expresión de una proyectualidad que, queriendo precisamente *hacer coincidir la prospectiva con la proyección* tiende a apartar de la vista «el resto», las lecturas alternativas de los «contenedores» en los que vivimos?

El segundo punto es una lógica derivación del primero. ¿Podemos afirmar que la geografía «científica» o, mejor dicho, la visión científica de la geografía es una típica expresión de la modernidad que ha contribuido a la construcción, cuando ha tenido éxito, de un espacio moderno? Y los espacios que no son modernos, ¿qué relación guardan con esta proyectualidad?

Tercer punto: si creemos que el geógrafo al (d)escribir contribuye a crear lo que describe, ¿podemos atribuir el olvido de este «efecto» a la cultura moderna? Es más: si, como pretendo demostrar en las próximas líneas, el espacio moderno y sus proyecciones materiales están llenas de contradicciones y de «agujeros», ¿cómo es que continuamos viéndolos como un intento de imponer una visión y una estrategia espacial monolítica y coherente con su interior? ¿La denuncia posmoderna consistiría entonces en un intento de librarse de este manto pesado que la red cartográfica ha trazado sobre el mundo y sobre sus expresiones espaciales?

Dadas las dimensiones de este artículo, será obviamente imposible responder a todas estas preguntas e incluso afrontarlas con un mínimo de profundidad. En vez de ello intentaré considerarlas como una especie de punto de partida problemático, el «ya mencionado» de la reflexión «pos» en geografía, en el cual intentaré hacer una incursión «orientada», en el sentido de, en vez

de intentar dismantelar, una vez más, el edificio moderno, procuraré mirarlo con una mirada diferente, esperando individualizar aquel vínculo indisoluble y sin embargo inevitablemente contradictorio que une la visión moderna del mundo y su resignificación posmoderna. En otras palabras, seguiré la sugerencia de Timothy Mitchell, según la cual no podemos hablar de una sola modernidad capaz de explicar todas las historias y todas las geografías de nuestro tiempo, pero tampoco podemos aceptar el atajo del pluralismo fácil asociado a las denominadas «modernidades alternativas». En cambio tendremos que tomar conciencia no sólo de la singularidad y de la ficticia universalidad del proyecto moderno, sino también analizar la naturaleza profunda de esta pretendida universalidad, la cual, paradójicamente, por definición deja su realización incompleta (T. Mitchell, 2000a, p. XII). Si aceptamos esta naturaleza paradójica, ¿podemos pues contentarnos con la visión posmoderna ya canónica que tiende a retratar al proyecto moderno como algo coherente, racional, ontológicamente cerrado? ¿Podemos digerir sin problemas la idea, promovida también por Bauman (1991), según la cual la modernidad consiste en el intento de eliminar la ambivalencia del mundo, de la sociedad y de nuestras representaciones? Si fuera así, ¿qué papel ha jugado y juega todavía la geografía al sostener esta versión del proyecto moderno?

Franco Farinelli (1990) ha explicado cómo la geografía moderna, de Ritter en adelante (con la excepción de Ratzel), había acabado confundándose y convirtiéndolo todo en geografía positivista, olvidando estratégicamente los propios fundamentos ontológicos y atribuyendo al plano epistemológico los progresos performativos y culturales que sus representaciones han consentido aparentemente. Farinelli pone en evidencia «incluso la identidad entre proyección y prospectiva, al establecer la base de la reflexividad sobre la cual todo el edificio del saber moderno se constituye y, por el cual, el presentado [...] es siempre representado o, cabe decir, re-presentado¹» (1992, p. 65), en un intrigante juego de espejos sin fin que está en la base de aquello que Timothy Mitchell (1988) llama el efecto de la *metafísica de la representación* (moderna).

El carácter implícitamente proyectual de las proyecciones geográficas ha terminado, pues, por confundirse con sus perspectivas «naturales» y, por consiguiente, con la verdad científica con respecto al mundo. ¿Acaso podemos inferir que la reflexión posmoderna ha contribuido a desvelar el punto de partida de este proceso y a recuperar la dimensión por, así decir, dinámica y prospectiva (y si queremos también ética²) del discurso geográfico moderno? Es precisamente sobre este terreno que pretendo medir las nuevas armas que el posmodernismo nos ha puesto a disposición y a desempolvar, al menos en parte, aquella tensión entre fijeza y movimiento, entre cartograficidad y dinámica territorial y social, entre cierre y apertura respecto a la complejidad del

1. Juego de palabras en el original italiano: *ri-presentato*, 'vuelto a presentar' (N. de la T.).

2. Juego de palabras en el original italiano: *prospettica - etica* (N. de la T.).

mundo, entre razón y deseo, que representa y ha representado un bagaje fundamental del proyecto moderno y un empujón formidable para el conocimiento y la transformación del espacio a nuestro entorno.

La geografía posmoderna ha puesto en evidencia la subjetividad del geógrafo, subrayando cómo el concepto de autoridad y el punto de observación de donde parten nuestras proyecciones/exploraciones del mundo son elementos clave para comprender el desarrollo de cualquier discurso geográfico. Ha mostrado también cómo la fuerza del autor se ha regido por su capacidad —en la mayor parte de los casos inconsciente porque es transferida al plano epistemológico— de esconder la propia posición y de convertir la propia conducta en inocente, es decir científica, salvo por someterse con relativa serenidad a los imperativos paradigmáticos. Recuperando a Foucault, el pensamiento posmoderno en geografía ha sabido situar de modo crítico la cuestión de las relaciones entre saber geográfico y poder, mientras que de los enfoques derridianos ha importado el análisis textual y la atención hacia el impacto de la escritura como acto político-cultural. También hemos aprendido de estas geografías que el concepto moderno de identidad siempre ha construido sus propios contornos y sus propios contenidos sobre la base de las representaciones que narraban y sancionaban la diferencia, consiguiendo así subvertir radicalmente una visión dicotómica del tipo dentro/fuera que tristemente anima todavía hoy parte del debate político en Europa y en otras partes del mundo.

Las diversas ramificaciones del gran y enmarañado árbol posmoderno han celebrado no sólo la diferencia y la ambigüedad, sino que finalmente han otorgado voz a muchos actores sociales que por demasiado tiempo han permanecido silenciosos, sumergidos en el «murmullo» provocado por una visión lineal y unívoca del espacio geográfico. Las tácticas y las provocaciones deconstruccionistas nos han enseñado a trabajar en los márgenes que, al golpear el corazón de los discursos hegemónicos, nos han mostrado que la resistencia es posible y tiene sus espacios, sus posiciones. Finalmente, hemos aprendido que la visión aparentemente universalista y lineal de lo moderno no puede vivir sin un fondo respecto al cual perfilarse, no tiene sentido sin una diferencia respecto a la cual trazar límites, no puede imponerse sin tener un enemigo por domar, que el proyecto moderno es un proyecto tan histórico como geográfico, que sus estrategias necesitan un terreno sólido en el cual concretarse, que las geografías disidentes tienen el poder de contestar la naturaleza falsamente implícita de estos mismos espacios. El proyecto moderno necesita de espacios en los que plasmar la sociedad a su imagen y semejanza, pero paradójicamente, como todas las imágenes, sin fondo, sin estos espacios terminaría por *dissolve en el aire* (Berman, 1985).

Es sobre esta tensión que me propongo reflexionar en las próximas páginas. Para demostrar que, a lo mejor, las geografías de la resistencia son substanciales al proyecto moderno, precisamente porque tienen el extraordinario poder de ponerlo al desnudo y que, quizás precisamente por esto, *no hemos sido nunca posmodernos*.

¿Hemos sido alguna vez posmodernos?

Marshall Berman sostiene que:

[...] ser moderno significa vivir una vida basada en la paradoja y la contradicción. Quiere decir ser abrumados continuamente por inmensas organizaciones burocráticas que tienen el poder de controlar y, a menudo, de destruir ambientes, valores y vidas. Y, a pesar de ello, proseguir impertérritos en la propia determinación de enfrentarse a estas fuerzas, de combatir para cambiar, de verdad, el mundo. Quiere decir ser revolucionarios y conservadores al mismo tiempo: ser conscientes de las nuevas posibilidades de experiencia y de aventura, aterrizados por los abismos nihilistas a los que conducen tantas aventuras modernas, deseos de crear y salvar algo verídico mientras todo se desvanece en el aire. (1985, p. 21)

Sin embargo, mientras:

[...] nuestros pensadores decimonónicos eran al mismo tiempo entusiastas y enemigos de la vida moderna, en continuo conflicto con sus ambigüedades y sus contradicciones, sus autoironías y sus tensiones interiores constituían la fuente primaria de su energía creativa, sus sucesores del siglo XX han ido resbalando siempre hacia polaridades rígidas y absolutizaciones planas. La modernidad es abrazada por un entusiasmo ciego e irracional, o bien condenada a una separación y a un desprecio casi neo-olímpico: entre lo uno y lo otro la modernidad es concebida como una estructura monolítica cerrada, que los hombres modernos no tienen ninguna posibilidad de plasmar o de cambiar. Las concepciones abiertas de la vida moderna han sido suplantadas por condiciones cerradas, el «sea/que» ha sido substituido por el «o/o». (1985, p. 35)

La geografía ha tenido un rol particularmente importante en el intento de aplanar el proyecto moderno, en la búsqueda de calmar las tensiones y de esconder las paradojas. La idea misma de que la modernidad significase descubrir el orden de la naturaleza para después proponerlo como un proyecto social, ha asignado a nuestra disciplina en el pasado una posición relevante en la definición y en la proyección de tal orden. Rabinow (1989) subraya como la planificación urbana de corte moderna —que ha tenido mucha trascendencia en la formulación de las teorías coloniales— en Francia surgió de la geografía, la cual ponía a disposición del proyecto moderno dos instrumentos formidables: el análisis detallado y completo de los denominados «géneros de vida» y los medios técnicos para representar estas informaciones en forma estándar (1989, p. 333). No sólo es eso, pero es una convicción difundida que la racionalización de las prácticas espaciales, que la geografía positivista y también la de cuño más marcadamente historicista han contribuido a forjar, representan una parte fundamental del intento moderno de construir una sociedad que anulase todas las contaminaciones y las «distorsiones» respecto a la «norma», respecto al orden social que se quería hacer coincidir con uno de supuestamente «natural». La geografía «normal», parafraseando a Dematteis (1985),

ha nutrido pues de conceptos y de perspectivas aquella dimensión del proyecto moderno que se reconocía en la necesidad de reglamentar y de normalizar lo social a través del uso estratégico de las prácticas espaciales.

Said ha mostrado como la construcción de la alteridad oriental se ha fundado en una precisa relación entre saber geográfico y poder, una relación en la que:

[...] la práctica universal de diseñar en la propia mente un espacio familiar que es «nuestro» en contraposición a un espacio externo «ellos», es un modo de establecer distinciones geográficas que *puede ser* del todo arbitrario. [...] Es suficiente que nosotros construyamos esta frontera en nuestras mentes; «ellos» se vuelven «ellos» y como consecuencia, su tierra y su mentalidad pasan a ser consideradas distintas de las «nuestras». (Said, 1991, p. 58)

La geografía no sólo ha legitimado una visión dicotómica de Occidente y de Oriente, sino que ha sido uno de los instrumentos cruciales para la construcción y la sedimentación de esta concepción. Los *orientalismos latentes* que todavía están presentes en muchos discursos sobre la diversidad y sobre la identidad de Occidente en comparación con «Otras culturas» son, a menudo, nutridos por metáforas geográficas que representan, por así decir, el apoyo material ideal para concretar una serie de visiones textuales del mundo y de sus protagonistas.

También Berman atribuye esta tendencia de aplanar la modernidad en el interior de sus trampas epistemológicas a la escisión ocurrida, sobre todo en el siglo XX, entre la dimensión material y la espiritual de lo moderno. Esto explica, por ejemplo, cómo esta bipartición termina por reflejarse también en la concepción del espacio urbano, habiendo situado en la ciudad, o mejor dicho en un cierto tipo de ciudad, el origen y la expresión de la formidable tensión moderna:

[...] nuestra concepción de la ciudad moderna tiende a escindir el plano material del espiritual: algunos se dedican al *modernismo*, que consideran una especie de espíritu puro que evoluciona en conformidad con imperativos intelectuales y artísticos autónomos; otros actúan en el interior de la órbita de la *modernización*, un complejo de estructuras materiales y de procesos políticos económicos y sociales que, una vez en movimiento, se supone que continúan evolucionando con su propia velocidad gracias a un mínimo empujón (o incluso sin él) por parte de las mentes o de las almas humanas. Este dualismo, muy difundido en la cultura contemporánea, nos aísla completamente de uno de los elementos que permean la vida moderna: la fusión de sus fuerzas materiales con las espirituales, la armonía profunda existente entre el individuo moderno y el ambiente moderno. (Berman, 1985, p. 171)

Sobre esta tensión, recientemente han reflexionado muchos geógrafos, subrayando cómo el pluralismo del discurso geográfico puede contribuir a liberarnos de las jaulas de la razón cartográfica y del poder aniquilante del *taken for*

granted, reelaborando las mismas metáforas que la geografía ha utilizado para domesticar las paradojas del espacio moderno y de sus representaciones. Éste es ciertamente uno de los resultados más significativos de la reflexión posmoderna. Pero ¿esto significa que estaremos en condiciones de interpretar/describir/proyectar espacios posmodernos? Tratando de superar la paradoja moderna, ¿no existe el riesgo continuo de caer otra vez —aunque en un modo más *politically correct*— en la partición binaria y en la secuencialidad temporal con las que precisamente algunos discursos dominantes modernos han intentado reducir al silencio aquel ruido de fondo del que hemos partido? ¿*No es muy moderno el intento de resolver las tensiones modernas?* ¿De qué manera, entonces, se puede desplegar el poder del discurso geográfico para desenmascarar esta confusión e intentar convivir con la paradoja moderna?

Intentaré responder a algunos de estos interrogantes refiriéndome al trabajo de Kevin Hetherington, pero antes de plantear sus argumentos creo oportuno abrir un breve paréntesis para ver cómo el éxito de la denominada «geografía posmoderna» ha coincidido —bastante sorprendentemente si pensamos en las *liaisons dangereuses* entre geografía y proyecto moderno— con el «redescubrimiento» de la dimensión espacial en el análisis social del corte crítico. Este redescubrimiento, de hecho, habría podido hundir definitivamente la disciplina precisamente por sus relaciones con el poder constituido y por su pretensión, en algunas de sus ramificaciones, de presentarse como «ciencia» del territorio. En cambio, esta nueva atención hacia el espacio, no sólo ha revalorizado implícitamente el papel del discurso geográfico y de parte de su tradición, sino que además ha representado para la geografía el definitivo regreso al *mainstream* de las ciencias sociales, sobre todo gracias a la adopción de principios y de métodos de la denominada *social theory* y a la consecuente apertura de un prolífico debate interdisciplinario en el que se ha visto implicada.

Para Benko y Strohmayer (1997, p. XIII):

[...] la geografía ha salido de este encuentro [con el posmodernismo y la asociada crisis de la representación] con un renovado sentido de su misión, de sus reivindicaciones, y también con cierto orgullo.

El «peso» de esta «centralidad» reencontrada de la geografía se puede medir de diversos modos: con el espacio destinado a los geógrafos en los diversos volúmenes dedicados a la posmodernidad, con la frecuente referencia a la producción geográfica en obras vinculadas a los denominados *cultural studies*, con las numerosas metáforas geográficas utilizadas en los diversos campos disciplinarios.

Ahora bien, sin ninguna pretensión de trazar una cartografía definitiva, ni mucho menos de alcanzar exhaustividad, creo que, con cierta prudencia, se pueden individualizar tres recorridos a través de la arqueología del posmodernismo, dentro de los cuales se pueden inscribir, con algún riesgo, otras tantas «almas» del pensamiento posmoderno en geografía. La primera «alma» remite a la fase inicial de la influencia posestructuralista sobre el posmodernismo (Ber-

tens, 1995), vinculada a grandes rasgos a la influencia del pensamiento de Derrida y Barthes, y consistente en una actitud decididamente revolucionaria en relación con la investigación sobre el plano metodológico que se enfoca en la deconstrucción de los textos y de los discursos geográficos, intentando desenmascarar el denominado *taken-for-granted* —es decir, todo lo que en aquellos textos y en aquellos discursos damos por hecho y que, en cambio, a menudo representa la parte más significativa de su capacidad de ordenar y de normativizar los «objetos» de los que hablamos. En cambio la segunda «alma» surge, en buena parte, del pensamiento de Foucault y de los autores que han marcado la segunda fase de la influencia posestructuralista sobre el posmodernismo (Bertens, 1995), aunque no faltan las referencias a los trabajos de Said y a las diversas voces poscoloniales que han emergido, sobre todo durante la década de 1980, así como a la reflexión feminista. Ésta es la vertiente más innovadora, a mi parecer, si bien debajo de este paraguas se guarece un conjunto de aproximaciones y de actitudes respecto al discurso geográfico tan diferenciadas que hace muy difícil dibujar un mapa explicativo: basta recordar como este recorrido atraviesa algunos territorios contiguos y/o epistemológicamente híbridos, como los que confrontan las relaciones entre la geografía feminista y la posmoderna, las geografías poscoloniales, la política de la identidad, la relación entre espacio y subjetividad, las geografías de las voces «menores», etc. La tercera «alma» es aquélla que se inspira en Jameson y en el debate inicial sobre el posmodernismo en las ciencias sociales, es decir, en la tradición marxista y posmarxista —aunque siempre hay que mantener una cierta desconfianza al enfrentarse con estas categorías «fuertes» y no olvidar que se trata de una estrategia para poner un poco de orden en nuestros discursos—. Aquí se sitúa la vertiente de estudios que se ocupan de la ciudad posmoderna y, más en general, de espacio posmoderno, y que analiza las características de la sociedad, de la cultura y de la economía en el posmodernismo. Es el posmodernismo geográfico de los primeros artículos aparecidos en *Society and Space*, influenciados cada vez más por la arquitectura, por la teoría de la estructuración de Giddens, por la sociología inglesa y por la Escuela de Birmingham, por las investigaciones sobre la estética del consumo y, más en general, por la reflexión sobre la «lógica cultural del capitalismo tardío» (Jameson, 1984).

La exploración de estas tres almas (Minca, 2001b) ofrece resultados bastante dispares respecto al problema inicial propuesto por Dematteis. En el primer caso, la aproximación textual desenmascara la denominada *mimesis* del discurso geográfico cuando se presenta bajo una vestimenta científica (Ley, Duncan, 1993), demostrando entonces que la representación geográfica no incorpora «naturalmente» una asociación necesaria y posiblemente unívoca con un concepto y un objeto «real»; más bien, esta asociación es el fruto de una serie de presupuestos de partida sobre la realidad y sobre el significado del mundo, que después son disfrazados por el funcionamiento del sistema de representaciones adoptado. Es un típico truco moderno, o mejor dicho de la instalación cultural moderna, que, aunque parta de las más diversas presuposiciones, Farinelli se ha dedicado a derrumbar sin piedad:

Para Ritter la ciencia solamente es —pero siempre lo es— el intento de demostrar la validez de una imagen que no es absolutamente científica, pero sin la cual el procedimiento científico no podría ser imaginado y ni siquiera podría empezar. De modo que el proceso del conocimiento consiste en el continuo esfuerzo, en cada momento sostenido de la imaginación, de la traducción de una imagen en otra, y por lo tanto en su interpretación. (Farinelli, 1992, p. 267)

Estamos como siempre presionados —usando todavía palabras de Farinelli— por una implacable y, por ello, constante tensión hermenéutica:

Precisamente en el bloqueo de tal tensión consiste para Ritter el vicio de fondo de las posiciones que reconocen a la «fallecida» y «deformante» figuración cartográfica del mundo el derecho de secuestrar, ya al nacer, el camino de la imaginación cartográfica. (Farinelli, 1992, p. 267)

Es de la imaginación geográfica de la que nos hablan los «deconstruccionistas», aunque el aliento en el cual se mueve su análisis crítico no parece dejar gran espacio a la proyectualidad consciente que parece rehacerse en el *Erdkunde* de Ritter. El análisis textual del discurso geográfico —dejadme hacer de abogado del diablo— parece desplegar toda su potencia en la denuncia del peso político y cultural de la mimesis geográfica, pero corre el peligro —podría ser una lectura limitativa, lo admito, pero los acusadores demasiado a menudo se aferran a esto para atacarla— de quedar involucrada en un remolino a veces un poco vicioso de citas y juegos intertextuales. Quien se ufana de «hacer» geografía, echando a la cara a los propios interlocutores deconstruccionistas la modernísima y positivista seguridad de quien cree estar en lo cierto y tiene las pruebas (es decir la evidencia empírica), no se siente, a mi entender, suficientemente amenazado por las disquisiciones de esta perspectiva substancialmente filológica.

La segunda vertiente representa una amenaza más seria a la citada «reducción» moderna del mundo típica de las grandes narraciones contestadas por el posmodernismo. La relación entre poder y conocimiento y el análisis de las arqueologías de los saberes promovida por Foucault y por aquellos que se han inspirado en él, han cambiado substancialmente las ciencias sociales y, con ellas, la geografía. La asunción básica de esta posición, es decir, la demostración del funcionamiento de los mecanismos de poder implícitos en el interior de los discursos científicos y culturales, ha inducido a los geógrafos a repensar completamente la división radical entre posiciones substancialmente historicistas de base humanista, de un lado, y posiciones explícitamente positivistas, del otro, englobadas ambas en el proyecto moderno como expresiones de un discurso sobre el mundo o sobre un objeto suyo particular. Una consecuencia importante de este comportamiento distinto podría ser la siguiente. Si retenemos, como Said, que la idea de Oriente ha sido alimentada en la misma medida, aunque con lenguajes y con instrumentos diversos, por la investigación científica, por la literatura y por los relatos de

viaje, entonces el discurso geográfico, que en este caso ha hecho a menudo de puente entre estas dos «voces europeas», reviste en toda su plenitud el papel de promotor de la conquista cultural, científica e incluso económico-militar de Oriente por parte de las sociedades europeas que producían y controlaban aquel saber geográfico.

El mismo discurso podría ser aplicado a la geografía contemporánea, para descubrir cuales son los «centros» que producen el *mainstream*, a qué directrices responden, cual es la legitimación social que alcanzan y qué ideas sobre el mundo permiten desarrollar. Pero no es éste el lugar para profundizar en esta argumentación. Volviendo a la cuestión de donde había partido: la asociación necesaria entre poder y saber, permite repensar la modernidad como *producto cultural orientado*, que tiene sus orígenes, sus protagonistas y una interpretación del espacio geográfico como expresión de un discurso específico sobre el mundo. La recuperación de la *diferencia* y de los *márgenes* producidos y aparentemente excluidos de este discurso es un aspecto extremadamente importante del ataque por parte de esta alma de la geografía posmoderna a los axiomas modernos. Sin embargo, al reconocer los extraordinarios resultados obtenidos al respecto y ante el potencial innovador de tal posicionamiento, también en este caso corremos el riesgo de paralizarnos delante del intento de realizar una superación imposible de lo moderno a través de las retorcidas tramas de la reflexión posmoderna. Una vez que hemos puesto en evidencia el funcionamiento del poder, después de haberlo denunciado, ¿qué hacemos con ello? ¿Lo usamos para las nuevas finalidades que tenemos en mente —pero entonces debemos estar a punto para dejarnos deconstruir en cualquier momento— o bien nos resignamos a denunciar el poder de los otros, ocupando una posición marginal desde la cual resistir todas las formas de poder que se basan en determinadas prácticas espaciales? La ulterior pregunta que surge es, pues: ¿tenemos que aprender a convivir con la condición de «dominados», porque de lo contrario nuestra consciencia nos impediría gestionar prácticas espaciales inevitablemente impregnadas de poder? O bien, ¿existe una salida, una posición ontológica que nos consiente actuar sin recaer por ello en la violencia de cualquier proyecto unificador, universalista y, por lo tanto, epistemológicamente cerrado?

La tercera alma antes citada cree, en cambio, en la existencia de una época y de una sociedad posmodernas. Sus matrices marxistas explican perfectamente las conclusiones a las que llega esta alma del árbol posmoderno. Cabe recordar que la tendencia a identificar un «después» a lo moderno, ha significado de hecho en muchos casos un repliegue sobre una periodización típicamente moderna, como muchos observadores lo han destacado con insistencia. En otras palabras, creer que existe un objeto de estudio, como la «sociedad posmoderna», significa responder de manera renovada a uno de los imperativos de la reflexión genuinamente moderna: el de la definición precisa de sujetos (que estudian) y de objetos (de estudio) y el del análisis —nebulosamente estructuralista— de su evolución. Aún reconociendo los grandes méritos de

estos análisis que han contribuido a esclarecer los desarrollos más recientes de nuestra sociedad bajo los perfiles económico, cultural y político, el modo en que es tratado lo moderno responde, en mi opinión y de manera bien clara, a la lógica de la compartimentalización de saberes que el posmodernismo se ha impuesto demoler. En otras palabras, se trata de la propuesta de un nuevo orden, de nuevas categorías analíticas, de un nuevo régimen de (in)certezas. Como justificación parcial de este resultado que ha beneficiado, a mi entender, a toda la investigación geográfica de los últimos quince años, queda el hecho de que lo moderno, con sus contradicciones, nos mira aún inefable, reproponiendo nuevas versiones de su lógica totalizante —como el éxito de los SIG lo testifica— y reproduciendo hasta el infinito sus contradicciones que no encuentran nunca solución, que no completan nunca su círculo. Esto nos permite, de un lado, atacarlo indefinidamente; del otro, reapropiarlo y representarlo regularmente ante nuestra presencia en formas siempre nuevas e invencibles.

Con las disculpas del lector por haber descuidado partes importantes de la reflexión geográfica de los últimos años y por haber incluido implícitamente en este razonamiento una serie de huéspedes que no querían participar, me permito reconducir su atención al tema central donde había iniciado esta breve exploración: si combatimos la geografía moderna con sus métodos, su «credo», sus metáforas y sus prácticas espaciales, ¿cómo la situamos con las contradicciones y con las infinitas oportunidades que nos concede para resistir? ¿Qué geografía disidente puede responder de manera adecuada al desafío de un saber que se propone compacto, unitario y racional y que, en cambio, a cada paso se muestra sospechoso de necesitar contradecirse constantemente, que se desmiente con una serenidad desarmante cambiando de discurso, resucitando más fuerte que antes tras los huracanes epistemológicos que periódicamente barren el terreno de las certezas en las que se funda? ¿Qué estatuto ontológico debe tener una geografía que se apresura a superar esta tensión entre el proyecto y la norma moderna, entre los espacios muertos de la cartografía y la imaginación que su misma naturaleza violenta consigue desencadenar y que forja nuestra disidencia y nuestro espíritu crítico? ¿Podemos aprender a convivir con esta dialéctica paradójica sin ser enteramente absorbidos y desaparecer envueltos en la nube insidiosa del poder que nuestras metáforas geográficas ciertamente desprenderán? ¿Es quizás posmoderna la condición de quien consigue colocarse a sus anchas entre estos dos impulsos opuestos, entre el control y la libertad, entre el mapa y la imaginación? O bien, ¿es genuinamente moderna, como sostiene con fuerza Berman?

Para esbozar una primera respuesta, me referiré al trabajo de Kevin Hetherington, que con su original interpretación del concepto foucaultiano de heterotopía ha intentado desafiar este dualismo, rompiendo el muro de cristal paralizante que hasta ahora ha impedido a la geografía posmoderna transformar en proyecto el espíritu renovado que la anima a aceptar conscientemente —y, hasta donde es posible, serenamente— la naturaleza performativa del saber geográfico.

Horizonte moderno

Hetherington, en *The Badlands of Modernity*, responde en parte a esta visión confrontada de la modernidad tal y como ha surgido en los desarrollos más recientes de la geografía cultural, reconociendo a la misma grandes méritos en el haber sabido poner en el centro del análisis social el espacio, las prácticas espaciales inherentes y las relaciones de poder. La crítica, bastante benévola, se desarrolla a través de una observación, a mi entender, correcta: en los últimos años la mayor parte de la geografía cultural se ha concentrado en la valorización de los *márgenes* en tanto que importantes sitios de resistencia, de protesta y transgresión. Desde el punto de vista de nuestro análisis, esto ha significado un reconocimiento de la relevancia de las prácticas espaciales marginales como tácticas para contrarrestar los discursos espaciales hegemónicos, ya se trate de la imposición de determinadas jerarquías en el espacio urbano, de la segregación de los componentes sociales no-normales, de la separación entre sexos y géneros, de las estrategias geopolíticas o de las políticas culturales (D. Mitchell, 2000). Esto implica un intento de valorizar la *diferencia* como respuesta a las tendencias homogeneizantes que una visión lineal de los procesos económicos y sociales tiende a menudo a favorecer. Pero, según Hetherington, es importante recordar también que la diferencia siempre se ha visto implicada en la construcción del orden social (*social ordering*), que los márgenes son parte constitutiva de las prácticas espaciales «centrales», que la periferia y las fronteras son los espacios en los que la búsqueda del establecimiento de un orden social alternativo se manifiesta y desarrolla sus propias estrategias. En otras palabras, las construcciones del orden y del desorden discurren paralelas, se definen recíprocamente, por lo que las tácticas de resistencia *in place* no son apartadas del citado proceso de *ordering*, sino que son por definición un *ordering* distinto, alternativo respecto a aquél que combaten, pero que, en contraste, por negación contribuyen a definir.

Volvamos al razonamiento de Hetherington. Una interpretación de la modernidad, normalmente atribuida a los cultivadores de lo posmoderno, tiende a verse con una luz extremadamente negativa, como un movimiento o un momento histórico fundado sobre un deseo incontenible de poner orden en el mundo, una idea de orden como estructura portadora de un *grand design* hijo del pensamiento ilustrado. En este sentido, la modernidad es asociada a un orden guiado por las denominadas «grandes narraciones de la libertad», del progreso, de la utopía y de la emancipación (del pasado, del saber premoderno, del poder eclesiástico, etc.), un orden que en realidad lleva a todo menos a la libertad, y que, en cambio, termina a menudo por traducirse en formas restrictivas de control social respecto a todos aquéllos que no se reintroducen en el gran diseño/proyecto (Hetherington, 1997, p. 9-10). Es ésta, al menos en parte, la visión que Bauman (1989) desarrolla en su libro sobre el holocausto, el cual es interpretado como la expresión última y más trágica del camino moderno. La razón cartográfica, atacada con insistencia por los geógrafos posestructuralistas, es también hija de esta lógica y representa, tal vez, la ejempli-

ficación más clara de cómo la geografía había contribuido a llevar adelante esta versión oscura y cerrada de lo moderno. La misma espacialidad de lo *moderno colonial*, por usar un término predilecto de Timothy Mitchell (2000b), es leída a menudo en esta clave negativa, para explicar cómo el control de los cuerpos y de las mentes de los pueblos colonizados responde a un preciso proyecto cultural que funda sus raíces en el racionalismo y en una visión universalista de la realidad.

Otra tradición se ha apoyado en esta visión crítica, una tradición que ve lo moderno bajo una luz bastante distinta, no como algo monolítico y unificado, sino más bien como un proceso marcado por las incertidumbres y las ambigüedades. En este caso, la modernidad es interpretada como expresión de flujos, de cambio, de efimeralidades (Hetherington, 1997, p. 10). La mayor parte de las contribuciones atribuibles a esta tradición han intentado recuperar el pensamiento de los teóricos sociales del siglo XIX, precisamente porque, a diferencia de la mayor parte de los contemporáneos, había sabido captar los caracteres heterogéneos y ambiguos de lo moderno y, en cierta medida, también apreciarlo (véase Berman, 1985). En este caso, la visión moderna del mundo se materializa a través de la infinita ruptura de la continuidad entre la linealidad de los modelos espaciales que intentan reconocerla y la fragmentación de sus reconocimientos efectivos, la complejidad inalcanzable de aquello que Dear (1988) llama el *geographical puzzle*. El bulevar, los *arcades*, los centros comerciales, las grandes exposiciones parisinas del siglo XIX, son los espacios a los que a menudo esta literatura hace referencia, tal vez encontrando su correspondiente contemporáneo más intrigante en las repetidas incursiones de Soja a través de la jungla posmoderna de Los Angeles (Soja, 1986, 1989, 1992, 1995, 2000). ¿La discontinuidad del espacio urbano y la sobreposición aparentemente desordenada de funciones y de significados que lo caracterizan son pues una típica expresión de la modernidad o, al contrario, pertenecen con todo el derecho a lo posmoderno? Quizás, la pregunta tendría que ser formulada de manera distinta.

Si de hecho miramos con atención a la modernidad a través del análisis de sus procesos espaciales (o mejor dicho de la espacialización) y, sobre todo, a través de la relación entre estos procesos y las modalidades de regulación social, podemos inmediatamente apreciar el hecho de que éstos son dominados por la incertidumbre y la ambigüedad, y notamos que tales incertidumbres y ambigüedades son absolutamente centrales respecto a las visiones utópicas de la modernidad, en vez de haber sido sujetas —como a menudo se ha pensado— a un control panóptico y a un desarraigo planificado (Hetherington, 1997, p. 10).

Es pues demasiado fácil ver las sociedades modernas, o como normativizadas y totalmente ordenadas, o bien en un estado de cambio perpetuo y de fluidez sin orden. Para entender mejor cómo funcionan las prácticas espaciales modernas dirigidas a la construcción de un determinado orden social y para superar este dualismo —cuyo origen se puede reconducir también en cierto modo hacia la división entre geografía moderna y posmoderna—, Hethering-

ton sugiere pensar la modernidad como un proceso asociado a la construcción del orden social *a través* de la ambigüedad más que contra ella. Esta paradójica interacción entre orden y desorden, entre regla y transgresión, entre normalidad y anormalidad es construida por medio de una serie infinita de juegos espaciales que Marin llama *utopics*. Vale la pena profundizar en este aspecto de su reflexión.

Según una perspectiva foucaultiana, los ideales utópicos que promueven la espacialidad moderna no tienden a producir sociedades perfectas, sino más bien lugares concebidos para el perfeccionamiento de la sociedad y del individuo. En otras palabras, la individuación y la segregación espacial del desviante/desviado y la consecuente autodisciplina del mismo en espacios limitados se convierte, según el filósofo francés, en el punto de partida de su genealogía de la condición moderna (Hetherington, 1997, p. 12). La segregación del que es distinto, sea éste el loco, el enfermo o el criminal, no se puede interpretar simplemente como una actitud típicamente moderna de desplazamiento de la ambivalencia y de la diferencia de la sociedad a través de su límite, sino que es también un intento de remover la ambigüedad que estos caracteres encarnan dándole un nombre, identificándola y clasificándola como tal y convirtiendo *al otro entre nosotros* conocible de alguna manera, y por lo tanto inocuo. Queda claro entonces por qué las prisiones, según Foucault, eran espacios pensados para la construcción de un determinado orden social, lugares en los cuales a los representantes de la ambivalencia se les reconocía un papel/significado que no tenía que ver sólo con ellos, sino con toda la sociedad en su complejidad. Este proceso de construcción del orden social no definía de hecho solo al desviado y al marginal, sino que, por asociación necesaria, también aquéllos que habían quedado fuera, los *normales* (Hetherington, 1997, p. 60).

De esto deriva la importancia del análisis de los espacios marginales y de los espacios de resistencia que sirven para combatir esta lógica. Y las geografías «pos» han hecho una contribución formidable en esta dirección, no sólo individualizando materialmente tales espacios e imaginando tácticas de resistencia, sino también suministrando un lenguaje, una batería de conceptos y de formulaciones sobre el funcionamiento y sobre el papel del margen y sobre la importancia de la diferencia. Si aceptamos, pues, el hecho que la modernidad expresa la propia proyectualidad a través de la construcción de espacios específicos y de la actuación de específicas prácticas espaciales, y aceptamos también la importancia del análisis de estos mismos espacios y prácticas, tenemos no obstante que recordar otros dos aspectos inherentes a esta lógica que tocan directamente el corazón de la reflexión geográfica contemporánea. Ante todo, hemos entendido que la construcción de cualquier identidad es inevitablemente paralela a la incorporación y negación contextual del otro. Si observamos, por ejemplo, la formación de la identidad burguesa, descubrimos que tenemos delante una perfecta representación de la producción de la identidad por negación. Y la geografía poscolonial ha sabido atesorar esta enseñanza, mostrándonos como lo moderno europeo se ha constituido sobre la base de la definición de aquello que no era ni moderno, ni europeo. Esto explica tam-

bién la extraordinaria importancia estratégico-cultural de la geografía *tout court* y de sus representaciones en aquel momento de la historia europea (Rabinow, 1989; Said, 1980). El segundo aspecto hace referencia a la interpretación de los espacios marginales y de la resistencia/disidencia a la que éstos parecen «abrirse». Hetherington subraya con fuerza —y creo que tiene razón en cuanto reconoce un punto débil (ambiguo?) de toda la reflexión posmoderna— que los espacios de resistencia son espacios concebidos para configurar un orden social alternativo, o mejor dicho para poner en práctica modalidades alternativas del proceso de construcción del orden social (Hetherington, 1997, p. 24). Vale la pena subrayar, de hecho, que los espacios marginales, y la resistencia y la transgresión asociada a menudo a ellos, no están nunca libres de la idea de establecer un orden; más bien se trata de un orden distinto, alternativo respecto a aquél al que replican, y a través de cuyas prácticas es descrito; un orden que despierta la conciencia de la propia *identidad por la negación* (identidad como resistencia *contra* cualquier cosa; Hetherington, 1997, p. 32).

Creo que es importante subrayar que también para Hetherington, que no es geógrafo, como para muchos otros cultivadores de diversas disciplinas sociales, la geografía, y en particular la geografía cultural en su versión posestructuralista, representa la pieza clave para la comprensión de la dialéctica moderna y del juego entre poderes y saber que ésta ha activado. De hecho, su análisis se mueve en torno a una pregunta crucial para todos nosotros y que es en el fondo también la pregunta de dónde ha partido la presente reflexión: ¿qué papel juega el espacio geográfico en este proceso de construcción del orden social en torno al cual se han constituido el pensamiento y la sociedad modernas?

Cerramos pues este parágrafo examinando las conclusiones a las cuales parece llegar el sociólogo inglés:

La preocupación por la construcción de un determinado orden social y por sus relaciones con el desarrollo de una sociedad moderna no tiene tanto que ver con la definición y afirmación de un orden preestablecido, sino más bien con una serie de modalidades de construcción de tal orden que suceden en sitios llenos de ambivalencias y que representan puntos de pasaje obligatorio para la realización de las ideas modernas de control y libertad. Una parte fundamental en este proceso de *social ordering* moderno es jugada por el intento de adquirir este orden superando aquella misma ambivalencia, e involucra una translación del ideal utópico de la «buena sociedad» en una serie de prácticas hacia la construcción de un orden espacial. Esta puesta en orden de la ambivalencia y de sus actores sociales consiste en los procesos espaciales que han contribuido y continúan contribuyendo en la definición de la sociedad moderna a través de una serie de límites internos. (Hetherington, 1997, p. 64)

Es interesante observar como Hetherington está pensando en una serie de espacios bastante precisos —que define como heterotopías— los cuales, por las características que los distinguen y por el significado cultural que les viene asignado, a menudo, son definidos como posmodernos. Si la cartografía y el aná-

lisis de los espacios posmodernos coincide al menos en parte con la interpretación antes indicada, entonces quizá podamos afirmar que hemos dado un pequeño paso adelante en la comprensión de las relaciones entre lo moderno y lo posmoderno y, sobre todo, en la gestión cognitiva y proyectual de los espacios denominados «marginales». Cabe señalar que la ambivalencia, vista en términos espaciales, tiene que ver en gran parte con la definición de la normalidad y de la diferencia y, en particular, con la transgresión de los límites que separan espacialmente lo «diferente» de la «norma», y que precisamente por esta razón de hecho lo representa, se trate de personas, de lugares o de cosas:

Naturalmente las respuestas que el proyecto moderno ha formulado respecto a la ambivalencia de quien no respeta los límites de la geografía «normal» son las más variadas y articuladas: desde el diálogo y la hibridación, hasta la expulsión y el exterminio, pasando por las prácticas de asimilación. (Hetherington, 1997, p. 64)

Pero, insiste Hetherington, la modernidad en sus distintas formas se puede expresar a través de una multitud de espacios concebidos por otras tantas múltiples construcciones de orden social. Estos espacios tratan sin tregua de producir siempre nuevas modalidades de *ordering* y nuevos discursos que otorgan a estas modalidades sentido y legitimación. Esto permite pensar la modernidad como un proceso sin fin de construcción del orden social, pero que, en cambio, continuamente vacila entre las ideas de control y de libertad. «Esto significa no solamente que el espacio moderno sea inevitablemente “abierto” a la resistencia y a la diferencia, sino que sea constitutivo a las mismas. Significa, además, que la resistencia y la marginalidad no puedan ser vistas separadas o en oposición al proceso de *ordering*» (Hetherington, 1997, p. 139), pero sí como partes constitutivas del mismo. Timothy Mitchell, hablando del denominado *constitutive outside*, es decir, de la necesidad de cualquier identidad de construirse cognitivamente un trasfondo respecto al cual perfilarse, afirma que:

Elementos que parecen incompatibles con aquello que normalmente concebimos como moderno, occidental o capitalista, son sistemáticamente subordinados y marginalizados, colocados fuera de la historia. Sin embargo, precisamente en el proceso que lleva a su subordinación y exclusión, estos elementos se infiltran y comprometen esta misma historia. (T. Mitchell, 2000a, p. XIII)

El otro, y los espacios en los cuales lo relegamos y controlamos, son, pues, partes integrantes del proceso que contribuye a construir nuestras geografías. ¿Repensando la dialéctica moderna/posmoderna no podremos también imaginar que una praxis posmoderna represente substancialmente el reconocimiento de esta asociación dolorosa y nunca resuelta? Del mismo modo, ¿no podremos pensar que los espacios de los que habla Hetherington, precisamente por la carga de ambigüedad y de transgresión que los caracteriza, son funcionales a la lógica cartográfica, a las literaturas monolíticas del mundo y de la sociedad,

las cuales, sin estas representaciones espaciales del otro y del lugar del otro estarían desprovistas de un terreno sobre el cual apoyarse? La geografía moderna, ¿qué límite sabría trazar entre un lugar y su exterior, entre la identidad cultural de un grupo social y la que no le pertenece, entre lo urbano y lo no urbano, si no existiese siempre un emigrado, un extranjero, un espacio alienado, un «otro lugar» respecto al cual defenderse, definirse y sentirse (aunque sea sólo por un momento) en el puesto que le corresponde y en el orden correcto? El orden espacial del mapa, ¿no necesita de las pulsiones incontrolables del territorio vivido para asumir un sentido y para imponerse como medicina para curar las enfermedades provocadas por el desorden? En el fondo, ¿quién querría vivir dentro de un mundo puramente cartográfico? Pero, por otro lado, hoy ¿quien sabría vivir modernamente sin mapas?

Cuando el horizonte de la modernidad se aproxime dramáticamente a nuestro avanzar, cuando tengamos la sensación de deshojar el fatídico mapa del *Principito* de Saint Exupery, cuando, como Truman en el *Show de Truman*, tengamos que tocar con la mano los límites de nuestro universo, ¿no sabremos que ya estamos muertos como sujetos modernos?

Paradoja moderna y praxis geográfica

Al definirse, Bush y Bin Laden casi siempre hablan del otro y no de sí mismos. Como si estuviesen ligados por un trágico acuerdo, ellos describen una geografía moderna hecha de bloques, de límites duros, durísimos. La lógica binaria que caracteriza sus respectivos discursos es típicamente moderna en su tendencia a «esencializar» los espacios y las culturas, las visiones y los proyectos, al confiarse a las raíces profundas e incontestables, al reclamar en cada pasaje aquello que Said llama *orientalismo latente*. Ambos fingen exaltar (en negativo) lo distinto, pero lo suyo es un serio y amenazador intento de eliminar la verdadera diferencia. Proponen una lectura del otro que los refuerza recíprocamente y que, de lo moderno, parecen querer eliminar cualquier traza ambigua y transgresora. Naturalmente, ambos se están dirigiendo a las sociedades de las que se consideran representantes y que quisieran domar. Saben muy bien que la diferencia, la verdadera diferencia, aquélla que tienen en casa, no dará tregua y no aceptará dejarse domesticar; saben que los espacios que describen no existen sino en su imaginación y en la de quien les hace confianza, porque han olvidado el verdadero poder de la geografía. Saben también que el mundo no será dividido en bloques monocolor y que la simplísima cartografía que intentan trazar haría reír a un niño, si se lo dejara hablar. Y entonces saben que, a menos que no se inicie la destrucción de la sociedad moderna *tout court*, la resistencia, los denominados «márgenes», el «ruido de fondo» que intentan adormecer emergerá fuerte e impetuoso y ellos mismos lo necesitarán para autodefinirse. En el fondo, ¿qué sentido tendría un régimen policial o autocrático sin la persistencia de visiones alternativas? George Orwell nos lo ha demostrado brillantemente cuando en 1984 imaginaba una oposición nacida del corazón del sistema totalitario, el efecto del cual era pre-

cisamente el de crear un hipotético espacio de la contestación y, al mismo tiempo, englobar y reprimir la diferencia. Osama Bin Laden y George W. Bush lo saben, pero el momento es propicio para reorganizar las jerarquías internas y para desempolvar de nuevo el repertorio geográfico de una modernidad que, en un cierto momento de su trayectoria, parecía querer olvidar su propia naturaleza transgresora y a la vez normal. Desde esta visión, los *evil-doers*³ no son sólo el terrorista barbudo o el Gran Satanás americano —según sea la perspectiva escogida—, sino todos aquéllos que caminan sobre los límites rígidos de una supuesta identidad americana/occidental/civil/moderna y/o musulmana/árabe/antimoderna sin respetarlos; todos aquéllos que no quieren hacerse incluir en aquellas ridículas visiones que solo un experto «normal» como Huntington (1997) podía así sabiamente transfigurar; aquéllos que han entendido que lo moderno es un proceso complejo y muy a menudo doloroso aunque vivido con coraje. La praxis posmoderna en geografía ha dado pasos de gigante en esta dirección, no sólo otorgando voz a quien no la tenía, sino, sobre todo, agitando el espectro de las paradojas modernas como posibles condiciones existenciales, como fatiga de vivir la modernidad reformulando cada día los propios objetivos, jugando a fijar por un momento la realidad y sus espacios para volverlos operativos, si bien sabiendo que el material que se encuentra delante no es el territorio o la realidad, sino una representación suya. Una representación cuyo poder consiste —desde una óptica posmoderna— precisamente en explicitar la propia naturaleza metafórica, en la capacidad de ser mapa con el que orientarse en el mundo y también promesa de cambio, proyecto, imaginación. Es éste el verdadero poder de la metáfora geográfica de la que nos habla Dematteis, un poder modernísimo porque es intrínseco a las paradojas que la versión «abierta» de la modernidad pone a la luz y, en el fondo, nos invita a aceptar.

Berman sostiene que la aspiración a la diferencia y la aceptación de la ambigüedad (la cual, como sabemos, mueve una parte importante de la producción geográfica posmoderna) era, en realidad, una parte constitutiva de la modernidad y así era vivida por muchos intelectuales del siglo XIX:

[...] durante la mayor parte de nuestro siglo, los espacios urbanos han sido proyectados y organizados para garantizar que no se verificasen colisiones y confrontaciones. El signo distintivo del urbanismo del siglo XIX ha sido el bulvar, un medio de unir fuerzas materiales y humanas explosivas; el signo característico del urbanismo del siglo XX es la autopista, un medio de mantenerlas separadas. (Berman, 1985, p. 206)

Y aún más:

La vieja carretera moderna, con su mezcla volátil de gente y de tráfico, empresas y viviendas, ricos y pobres, ha sido seleccionada y subdividida en compar-

3. 'Agentes del diablo' (N. de la T.).

timentos estancos, con entradas y salidas estrechamente controladas, carga y descarga entre bastidores, áreas de aparcamiento y garajes subterráneos como única mediación. Todos estos espacios y toda esa gente que los llena, son bastante más ordenados y protegidos de cuanto podría serlo cualquier lugar o cualquier habitante de la ciudad de Baudelaire. Aquellas fuerzas anárquicas y explosivas que una vez la modernización había unido, las ha separado una nueva ola de modernización, sostenida por la ideología de un modernismo en vías de desarrollo. (Berman, 1985, p. 210)

Estas observaciones, ¿no se parecen demasiado al reclamo posmoderno por un retorno a la dimensión de la carretera? ¿no recuerdan el rechazo (posmoderno) de un modernismo alienante y asfixiante, con sus tramas lineales y con su tendencia a aplanar el espacio de nuestra cotidianeidad? Y que esta actitud crítica consista en la aceptación moderna de la paradoja moderna o bien sea redirigida a la «tensión desvelada» del pensamiento posmoderno, para quien debe aprender a vivir esta condición, ¿en el fondo no significa lo mismo?

Aquello de «hacer cuadrar el círculo», de imponer un orden social, es el sueño falso de toda la modernidad occidental destinada a no desenmascarar el propio provincialismo y para encadenarnos a todos; ya lo hemos entendido y en parte digerido. Pero paradójicamente, para suerte nuestra, cada vez que se ahogan las propias paradojas, la naturaleza miserable y contradictoria de esta cara del proyecto moderno sale a la luz, como con el *International Style*, en los experimentos socialistas en el Este europeo o el fingido vernacularismo de muchas *gated community*⁴ americanas. Sin ciudad, ni diversidad ni riesgo, la modernidad se congela o muere. Sin ambigüedad y ambivalencia, olvidando su función hermenéutica y performativa, la geografía, a su vez, se vuelve un triste espejo en el que se reflejan imágenes ya vistas, como la cara de aquel señor que, en *El Hacedor* de Borges, pasa la propia vida diseñando el mapa del mundo, hasta que al final de sus días se da cuenta que había trazado la imagen de su propio rostro (véase Farinelli, 1992, p. 253).

Rabinow (1989) explica de forma admirable cómo el proyecto colonial francés, en particular en Marruecos, puede ser reconducido a un experimento de este tipo, puede leerse como un intento de trascender las paradojas del proyecto moderno —que Francia estaba en aquel momento afrontando— al investigar una unicidad imposible entre rigor científico y preocupaciones sociales y culturales. Un intento destinado a chocar irremediabilmente contra una serie de contradicciones entre clasificación y progreso, entre organicismo y diferencia, entre norma y forma, a pesar de la búsqueda desesperada de conciliar el todo en una metáfora exhaustiva y omnicompreensiva. Las colonias eran el laboratorio para estos experimentos que no podían ser sólo espaciales, sino también políticos. Sabemos todos bien como ha terminado.

El proyecto moderno permanece, por definición, como una unidad imposible, un universalismo eternamente incompleto. Cada representación de lo

4. Barrios privados de acceso restringido (N. de la T.).

moderno debe ser presentada de una forma tal que consiga producir una historia global y unificada de la misma modernidad, como si fuese la única historia posible; sin embargo cada *puesta en escena* moderna requiere, al mismo tiempo, de la existencia y de la presencia de aquellas formas de diferencia que puedan introducir posibles discrepancias en la visión monolítica que intenta imponerse, que son destinadas a amenazar y a poner siempre en discusión su unidad y su misma identidad. La modernidad se convierte, pues, en la denominación inadecuada, pero al mismo tiempo inevitable, que damos a todas estas historias y geografías de la discrepancia, a la relación entre el gran diseño y sus necesarias alteridades (T. Mitchell, 2000b, p. 24). Por esta razón, el discurso geográfico ha sabido reingresar a lo grande en la escena de la reflexión sobre la modernidad y posmodernidad: porque si es verdad que ello ha forjado las proyecciones lineales de la denominada «geografía burguesa» (Farinelli, 1992), es igualmente verdad que la naturaleza metafórica de sus representaciones ha permitido, y hoy más que nunca permite, recuperar y valorizar el «ruido de fondo» que el mismo proyecto moderno no sólo no puede menospreciar, sino del cual es necesariamente constituido.

La «producción» de la modernidad comprende, pues, la exhibición y la representación de la diferencia. El otro es un producto substancial del proyecto moderno. Pero, como bien sabemos, hay dos modalidades en que ésta es representada, aunque ambas hablen de la misma cosa: la primera otorga a la modernidad y a sus expresiones más genuinas la indeterminación y la ambivalencia a la que nos hemos referido largamente; la segunda consigna a la misma una extraordinaria capacidad de réplica y de enmascaramiento de los propios fundamentos ontológicos, gracias a aquello que Timothy Mitchell (1988) define como el efecto del régimen de certezas creado por la metafísica de la representación moderna. «Modernidad es el nombre que damos al escenario en que esta diferencia viene a desplegarse» (T. Mitchell, 2000b, p. 26).

Creo que ha llegado el momento de concluir esta breve incursión en la espacialidad de lo moderno y en los meandros retorcidos e intrigantes de sus paradojas. Si, como Foucault, creemos que la modernidad se ha iniciado con el descubrimiento/constitución del hombre moderno, es decir, con la aparición y afirmación de una figura que es *tanto objeto de conocimiento, como objeto que conoce*, no tenemos que asombrarnos de que el proyecto derivado esté lleno de ambigüedades y contradicciones y que en su capacidad de gestión este juego continuo de apertura/cierre se torne su fuerza principal. Los partidarios del orden y del desorden, entendidos como «valores» en cuanto tales, se quedarán, a lo mejor, decepcionados por este análisis, pero cada geógrafo sabe que las «metáforas de la Tierra» no son más que trucos para reducir súbitamente la complejidad del mundo e intentar gestionarlo con un poco de orden y sentido; pero sabe también, por experiencia, que las mismas metáforas nos explican alguna verdad, si no otra mirada a los proyectos y a las proyecciones que encarnan.

La modernidad, gracias también a la persistencia de las geografías hegemónicas y a la fuerza irresistible de las geografías disidentes, se presenta pre-

cisamente así: como un imparable proceso de *mapping* y de cambio, de esencia y de fluidez, de solidez y de movimiento, como una búsqueda incesante de crear continuidad y, al mismo tiempo, ponerla en discusión. La geografía posmoderna y todas sus hermanas posestructuralistas, nos han estado enseñando precisamente esto: a convivir con la diferencia y con el orden como parte de la condición moderna, a creer en los objetivos de conocimiento y de mejora social que la imaginación geográfica sabe producir, si bien siendo consciente que su realización necesitará otros espacios marginales, otras formas de disidencia, otras geografías de la resistencia.

La modernidad es como el horizonte, escribe Hetherington, a medida que avanzamos ella se mueve todavía más adelante, pero no por ello debe gustarnos menos. Lo importante es no confundirla con nuestro rostro.

Bibliografía

- BAUMAN, Z. (1989). *Modernity and the Holocaust*. Oxford: Blackwell.
- (1991). *Modernity and Ambivalence*. Oxford: Polity Press.
- BENKO, G.; STROHMAIER, U. (eds.) (1997). *Space and Social Theory: Interpreting Modernity and Postmodernity*. Oxford: Blackwell.
- BERMAN, M. (1985). *L'esperienza della modernità*. Bolonia: Il Mulino.
- BERTENS, H. (1995). *The Idea of the Postmodern*. Londres: Routledge.
- DEAR, M. (1988). «The postmodern challenge: reconstructing human geography». *Transactions. Institute of British Geographers*, 13, p. 262-274.
- (2000). *The Postmodern Urban Condition*. Oxford: Blackwell.
- DEMATTEIS, G. (1985). *Le metafore della Terra*. Milán: Feltrinelli.
- FARINELLI, F. (1990). «Epistemologia e geografia». En CORNA PELLEGRINI, G. (ed.). *Aspetti e Problemi della Geografia*. Milán: Marzorati.
- (1992). *I segni del mondo*. Scandicci: La Nuova Italia.
- HETHERINGTON, K. (1997). *The Badlands of Modernity*. Londres: Routledge.
- HUNTINGTON, S. (1997). *The clash of civilizations and the remaking of world order*. Londres: Simon & Schuster.
- JAMESON, F. (1992). *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press.
- LEY, D.; DUNCAN, J. (1993). «Introduction». En DUNCAN, J.; LEY, D. (eds.). *Place/Culture/Representation*. Londres: Routledge.
- MARIN, L. (1984). *Utopics: Spatial Play*. Londres: MacMillan.
- MINCA, C. (ed.) (2001a). *Postmodern Geography. Theory and Praxis*. Oxford: Blackwell.
- (2001b). «Postmoderno e Geografia». En MINCA, C. (ed.). *Introduzione alla Geografia Postmoderna*. Padua: Cedam.
- MITCHELL, D. (2000). *Cultural Geography*. Oxford: Blackwell.
- MITCHELL, T. (1988). *Colonising Egypt*. Berkeley: University of California Press.
- (2000a). «Introduction». En MITCHELL, T. (ed.). *Questions of Modernity*. Minneapolis: The University of Minnesota Press.
- (2000b). «The Stage of Modernity». En MITCHELL, T. (ed.). *Questions of Modernity*. Minneapolis: The University of Minnesota Press.
- OLSSON, G. (2001). «Washed in a washing machine». En MINCA, C. (ed.). *Postmodern Geography*. Oxford: Blackwell, p. 255-281.

- RABINOW, P. (1989). *French Modern*. Chicago: The University of Chicago Press.
- SAID, E. (1991). *Orientalismo*. Turín: Bollati Boringhieri.
- SOJA, E. (1986). «Taking Los Angeles apart: some fragments of a critical human geography». *Environment and Planning D: Society and Space*, 4, p. 255-272.
- (1989). *Postmodern Geographies*. Londres: Verso.
- (1992). «Inside Exopolis: Scenes from Orange County». En SORKIN, M. (ed.). *Variations on a theme park*. Nueva York: Hill and Wang-Noonday Press, p. 94-122.
- (1995). «Postmodern Urbanization». En WATSON, S.; GIBSON, K. (eds.). *Postmodern Cities and Spaces*. Oxford: Blackwell, p. 125-137.
- (2000). *Postmetropolis*. Oxford: Blackwell.